



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1332

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 10 DE JULIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Reconstrucción nacional

Al comenzar el siglo XVI no existía el imperio alemán del Norte; era ese imperio de pequeños estados, po- bre y con escasas industrias; la Gran- Bretaña, con sus guerras entre ingle- ses y escoceses y su lucha en Francia, se hundía apenas la aurora de su re- nacimiento; Francia estaba todavía en sus esplendores, y los Estados Uni- dos eran una insignificante colonia bri- tánica.

España, en cambio, era grande y po- derosa, reconociéndose únicamente su prepotencia por todas las naciones, y al cerrar con llave de oro las puertas de la Edad Media, abría la moderna el porta-estandarte de la civili- zación en todo el planeta.

Desde la cúspide de tanta grandeza, ha caído España á la mayor miseria, y al comienzo del siglo XX aparece ante las naciones envuelta con un velo atávico.

La orientación equivocada de la po- lítica y de la economía, así como la emigración á Ultramar han ido desmo- nando el poder de la gran nación que ocupó un Nuevo Mundo.

Hoy nuestra población es de veinte millones de habitantes; nuestro comer- cio de exportación é importación de- ba producir, de hulla, tres millo- nes de toneladas; de hierro, 330.000 toneladas al año; al lado de la población, los ferrocarriles, el comercio general y las explotaciones hulleras de las naciones más civilizadas del globo?

¿Por qué se extenua un cuerpo sin causas, y estas puede la medicina determinar perfectamente; no se restablece sin la aplicación de los remedios adecua- dos. Examinemos las primeras y vea- mos cuáles pueden ser los segundos.

Los pensadores de España y del ex- tranjero más penetrados del proceso evolutivo ascendente de la civilización alcanzada en algunos países de Euro- pa, y otros atentos al proceso evoluti- vo descendente de la península, han es- tudiado la decadencia española en to- das sus fases, que unos achacan á ce-

guera intelectual y otros á la mala po- lítica de los gobiernos.

Sea como quiera, el hecho es que España necesita regenerarse. Sus cam- pos están yerinos, sus extensas monta- ñas peladas.

Hay muy pocas y muy deficientes escuelas primarias; la organización fe- rreoviaria es pésima; el servicio de co- rreos deplorable; los demás adminis- trativos muy defectuosos.

Por doquier irresolución, falta de ini- ciativas industriales. Lo que interesa á España es sacudir el polvo á cuatro si- glos; extirpar errores, olvidar sus pa- sadas desventuras para no desfallecer y pensar sólo en restablecerse y vigori- zarse.

Entre lo que nuestro territorio re- presenta hoy y lo que puede constituir mañana en la economía universal, hay toda una lección dolorosa que debe aprovecharse.

Los ferrocarriles construidos con ca- pitales franceses, las diversas indus- trias, tranvías, minas, luz eléctrica ex- plotadas por ingleses, belgas y alema- nes, demuestran que el suelo y el sub- suelo de España son susceptibles de fructuosa explotación.

Ya está dado el primer impulso y si tenemos á la vista, cerca de nosotros, en Europa, modelos de colectividades civilizadas que imitar; si los ánimos es- tán bien dispuestos y han quedado re- legadas á segundo término las contro- versias políticas y religiosas ¿qué nos impide acometer la conquista del pro- greso total de la nación?

Encaucemos la actividad española, desarrollemos la producción, demos impulso al tráfico terrestre y marítimo; levantemos la Marina comercial; re- construyamos la de guerra, seamos fuertes y laboriosos y entren en el pa- lenque de la noble emulación todos los buenos ciudadanos que han de mover más pronto ó más tarde, los organís- mos industriales y mercantiles, admini- strativos y militares para poner á la altura correspondiente el sagrado nom- bre de la patria.

Antología de poetas modernos

Madrigal heterodoxo

Por Amado Nervo.

Deja que mi canto brote para tí como un arrullo y en tu redor vibre y flote. Depon, marquesa hugonote, tu austeridad y tu orgullo.

Soy hidalgo, amarte puedo si eres hidalga también; mis mayores con denuedo, siguieron á Godofredo luchando en Jerusalén.

Si tú entre las damas sueles preponderar, vive Dios; yo privo entre los donceles; si ostentas muchos cuarteles yo tengo sesenta y dos.

¿Que tu padre combatió con el mío y se dañaron de diverso fin en pro? Pues amémonos tú y yo después que ellos se mataron!

¿Temes que el mundo publique nuestro idilio murmurando? Pues yo diré á quien critique: También el rey don Enrique amó á las del otro bando.

Y frente al primo de Guisa, al ir de Lutecia en pos, dijo con cierta sonrisa: Paris bien vale una misa... tú, marquesa, vales dos!

Vamos, concede que brote la voz de mi pleuro cólico y en tu redor vibre y flote...

¡Piedad, marquesa hugonote, para este bardo católico!

Amado Nervo.

Ecos mundiales

Los terremotos de California y el profeta Lapparent.—Una estatua al general Du- mas.

La Comisión científica que ha estu- diado la manera cómo se produjo el terremoto de la región de San Fran- cisco de California, que causó tantas víctimas y pérdidas materiales, ha

presentado conclusiones verdadera- mente alarmantes.

M. Lapparent, que ha tomado parte en los trabajos de la Comisión geoló- gica de California, ha expuesto en la Academia de Ciencias que los movi- mientos sísmicos producidos á lo largo del Pacífico se reproducirán dentro de poco en esta parte de terri- torio de los Estados Unidos.

«Estos movimientos—ha dicho el sabio geólogo— han de reproducirse indefectiblemente.

Los terremotos son motivados por resbalar, una sobre otras, las capas de la costra terrestre.

Este fenómeno es la consecuencia, no sólo de las erupciones volcánicas que arrojan parte de las rocas y mate- rias infraterrestres, sino de la contrac- ción que se produce á consecuencia del enfriamiento del globo terrestre.

También se produce un vacío en las regiones infraterrestres, en que han sido absorbidas ó arrojadas las materias.

Las capas superiores tienden tam- bién á asentarse y dan lugar á que se verifiquen movimientos de terre- nos que determinan los terremotos.

Esta causa de los terremotos se muestra claramente en San Francis- co de California.

Se ha dado con una línea de dislo- cación que tiene 600 kilómetros de longitud.

La grieta tenía una anchura de tres á seis metros cortada por un foso de seis á siete metros.

La consecuencia práctica inmedia- ta de este fenómeno es el peligro que supone edificar en esta línea de dislo- cación que se ha producido.

Además será posible que la parte inmediata al mar sea absorbida por el Océano ó bien se levante muy por en- cima del nivel de las aguas.

Es seguro que no tardaremos en sufrir un nuevo movimiento sísmico y debemos felicitarnos de que los me- dios científicos del que disponemos nos permitan al menos prevenir las catástrofes futuras.»

Dentro de poco se erigirá en la pla- za Malesherbes de París, la estatua del general Dumas.

Cuando figure esta estatua se ha- brán reunido en la misma plaza tres

monumentos dedicados á la familia Dumas: al abuelo, al padre y al hijo.

La estatua es obra del escultor Mon- cel, quien ha colocado al general Du- mas en actitud de lucha.

En los bajorelieves del pedestal se reproducirán tres de los hechos más notables del héroe: uno representará al general Dumas estando á caballo en una mezquita, otro recuerda el episo- dio heroico del puente de Brixen y el tercero está el general luchando en un bastión, disparando con un fusil.

Carols.

CRONICA

¡Guerra al soltero...!

En todos los países del orbe produ- ce alarma el celibato.

Aquí, en España mismo, donde las más graves cuestiones son las menos atendidas, no se dejó de pensar en la tacha posible sobre el soltero.

Verdaderamente, el asunto es arduo y todo el estudio que requiere no se puede—ni se debe—hanitar, v. gr., á un gravamen sobre el impuesto de las cédulas.

¿Por qué no se casan hoy los hom- bres?

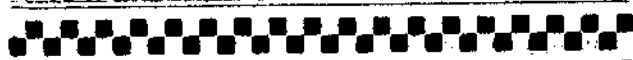
Esta pregunta se la hacen muchos sociólogos, algunos pensadores emi- nentes é infinidad de escudriñadores deportivos.

Y, sin duda alguna, la formularían mil- lares y millares de labios femeniles, la, al parecer, parte más interesada en la cuestión.

Por esto último, acaso, es por lo que en muchas ocasiones suele perder interés, ya que no importancia. La mentalidad universal, en cuanto se fija en que todo puede reducirse al quejumbroso frustrar de las faldas, paga con un encogimiento de hom- bros.

Sin embargo, no debiera ser así. En *El amor que pasa* acertaron los Quin- tero, con una nota simbólica. ¿Por qué pasa... de largo el amor? Mejor dicho: ¿por qué escasean las bodas?... *That is the question.*

Yo suelo reirme de la Estadística. Como mi doña Historia, es una dono-



apagado sonido de las campanillas, cuando nos desliza- mos por la maciza nieve.

A veces, cuando vamos cara al viento, cuando nuestros trineos corren sobre la tierra tersa y helada, percibimos claramente el agudo silbido de Iguat y las eboras de las campanillas, que se armonizan con la quinta trémula. Aquella música alegre de pronto la lúgubre soledad; y luego, otra voz monótona, acompaña con una precisión insoportable un motivo, siempre el mismo, que á pensar sólo canta en mí cab-za.

Uno de mis pies empezaba á helarse. Cuando me vo'ía para cubrirme mejor, la nieve que había caído sobre el suelo y sobre el gorro, me corría por la espalda y me hacía estremecer; pero en suma, con mi abrigo, cubría- do por mi propio calor, no sufría demasiado frío y me de- saba dominar por el acnéo.

VI.

Imágenes y recuerdos desfilaban rápidamente ante mí.

¿Qué clase de mujik será el que va dando consejos á gritos desde el segundo trineo? Debe ser rojo, fuerte, de piernas cortas, pensó yo, y parecido á Fedor, nuestro vie- jo viatero.

Y veo también la escalera de nuestra gran casa, y oír- co alervos qué, andando trabajosamente, arrastran un piano con rodillos. Vuelvo á ver á Fedor que levantán- dose las mangas de su chaquetón amarillo, lleva un pedal, va corriendo delante, abre las puertas, empuja, tira del rodillo, se escurre por entre las piernas, estorba á todo el

tapo la cara con un pañuelo; el ambiente es pesado; las moecas parece que están pegadas á mi mano, húmeda de sudor.

Entre el ramaje de un rosal se mueven dos gorriones. Uno de ellos salta al suelo á pocos pasos de mí, hace ademán de picotear dos veces el suelo con fuerza, y luego vuela rozando ligeramente las ramas y pueras con ale- gria. El otro salta también al suelo; meneas la cola, mira en derredor, y rápido como una flecha, va plando á re- unirse con su compañero.

En el estanque se oyen los golpes de la paleta sobre la ropa húmeda, golpes que van propagándose sobre la su- perficie del agua del estanque. Percibense riras y voces y el chapoteo de los que se bañan. Una ráfaga de viento agita la copa de los abedules allá ab. jo á lo lejos; luego se acerca; dobiega la yerba, y extremece y sacude sobre los troncos las hojas de los rosales.

Llega hasta mí la corriente de aire fresco, levanta las puntas de mi pañuelo y acaricia dulcemente mi rostro su- doroso. Por aquella abertura se mete una moeca que re- volotea asustada junto á mi boca húmeda. Una rama seca me hacen daño en la espalda. No, no puedo estar aquí más; tengo que ir á b. barme.